

WILBUR SMITH

EL ÚLTIMO FARAÓN

Traducción de Josep Escarré



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2018

Título original: *Pharaoh*

© Orion Mintaka (UK) Ltd 2016

publicado por primera vez en 2016 por HarperCollins Publishers

© de la traducción, 2018, Josep Escarré Reig

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 24277-2017

ISBN: 978-84-16634-79-8

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedico esta novela, *El último faraón*, a Mokhiniso,
mi esposa. Desde que te conocí, has sido la piedra angular
de mi vida. Consigues que cada día sea más brillante
y cada hora más valiosa.
Soy tuyo eternamente y siempre te amaré.

WILBUR

Aunque hubiera preferido tragarme mi propia espada antes que admitirlo abiertamente, en el fondo de mi corazón sabía que, finalmente, había terminado.

Hace cincuenta años, las multitudes de los hicsos aparecieron sin previo aviso en las fronteras de Egipto, procedentes del desierto oriental. Eran un pueblo salvaje y cruel, sin ningún rasgo digno de mención. Pero contaban con un recurso que los hacía invencibles en el campo de batalla: los caballos y los carros, algo que nosotros, los egipcios, no habíamos visto antes, de lo que ni siquiera habíamos oído hablar y que considerábamos vil y abominable.

Intentamos enfrentarnos al violento ataque de los hicsos a pie, pero nos arrastraron hacia ellos, rodeándonos sin esfuerzo alguno con sus carros y arremetiendo contra nosotros con una lluvia de flechas. No nos quedó otra alternativa que coger nuestros barcos y salir huyendo hacia el sur por el poderoso río Nilo, avanzando con nuestras embarcaciones hacia las cataratas y adentrándonos en el desierto. Allí permanecimos durante más de diez años, extrañando nuestra patria.

Fortuitamente, conseguí capturar un gran número de caballos de los enemigos y llevarlos con nosotros. Ahí descubrí enseguida que el caballo no es solo un animal abominable,

sino también el más inteligente y dócil de todos los animales. Diseñé mi propia versión del carro, que resultó ser más ligero, rápido y maniobrable que el de los hicsos, y adiestré al muchacho, que más adelante se convertiría en Tamose, el faraón de Egipto, para que se convirtiera en un experto auriga.

En el momento oportuno, los egipcios navegamos por el Nilo con nuestra flota de barcos fluviales, desembarcamos los carros en las costas de Egipto y caímos sobre nuestros enemigos, arrastrándolos hasta el norte del delta. Durante las décadas que siguieron luchamos contra los hicsos.

Sin embargo, ahora, la situación había vuelto a su punto de partida. Tamose, el faraón, era un anciano tumbado en su tienda de campaña, herido de muerte por una flecha de los hicsos. El ejército egipcio se estaba rindiendo y al día siguiente yo tendría que enfrentarme a lo inevitable.

Ni siquiera mi espíritu intrépido, que había sido vital para sacar adelante a Egipto durante medio siglo de lucha, era suficiente. Durante el último año habíamos sido derrotados en dos grandes batallas consecutivas, amargas y sangrientas pero baldías. Los invasores hicsos, que habían conquistado la mayor parte de nuestra patria, estaban a punto de conseguir la victoria final. Egipto entero estaba casi a su alcance. Nuestras legiones se habían dispersado y estaban destrozadas. Aunque traté desesperadamente de reagruparlas e instarlas a seguir adelante, parecían haberse resignado a la derrota y la ignominia. Más de la mitad de nuestros caballos habían muerto, y los que aún se mantenían en pie apenas podían aguantar el peso de un hombre o de un carro. En cuanto a los hombres, casi la mitad de ellos tenía heridas recientes y abiertas que se habían vendado con harapos. Su número se había reducido en casi tres mil durante las dos batallas que habíamos librado y perdido a lo largo del año. La mayoría de los supervivientes se tambaleaban o cojeaban

en el campo de batalla, con una espada en una mano y una muleta en la otra.

Es cierto que esta mengua en nuestras filas fue más producto de la deserción que de la muerte o de las heridas en el combate. Finalmente, las otrora aguerridas legiones del faraón habían perdido su ímpetu, y huyeron en masa del enemigo. Lágrimas de vergüenza se deslizaban por mis mejillas mientras suplicaba a los hombres y los amenazaba con azotes, muerte y deshonor para que no desertaran. No se dieron ni cuenta, ni siquiera miraron hacia mí mientras arrojaban sus armas y huían corriendo o cojeando. Las multitudes de los hicsos se congregaron frente a las puertas de Luxor. Y al día siguiente, yo lideraría la que seguramente sería nuestra última oportunidad de evitar una sangrienta aniquilación.

Cuando la noche cayó sobre el campo de batalla, ordené a mis sirvientes que limpiaran las manchas de sangre fresca de mi escudo y de mi armadura y que golpearan la abolladura que ese día había provocado en mi casco una espada hicsa. Le faltaba el penacho, que había cortado ese mismo golpe enemigo. Entonces, junto a la parpadeante llama de una antorcha, contemplé el reflejo de mi propia imagen en mi pulido espejo de mano recubierto de bronce. Como de costumbre, me levantó mi acongojado ánimo. Una vez más, me acordé de la presteza con la que los hombres seguirían una imagen o una reputación cuando el sentido común advertía una inminente aniquilación. Forcé una sonrisa ante el espejo, tratando de ignorar las melancólicas sombras que había en el fondo de mis ojos; entonces me agaché y salí de la tienda para ir a presentarle mis respetos a mi bienamado faraón.

El faraón Tamose yacía en su lecho, atendido por tres de sus cirujanos y seis de sus numerosos hijos. A su alrededor, en un círculo más amplio, se habían reunido sus generales, sus consejeros y cinco de sus esposas favoritas. Todos ellos

tenían una expresión solemne, y sus consortes lloraban, porque el faraón se estaba muriendo. Ese día había sido herido de gravedad en el campo de batalla. El asta de la flecha hicsa aún asomaba entre sus costillas. Ninguno de los médicos presentes, ni siquiera yo, el más diestro de todos, había osado intentar sacar la afilada punta de la flecha, porque estaba demasiado cerca del corazón. Solo habíamos cortado el asta que sobresalía de la herida y ahora estábamos esperando el inevitable desenlace. Era casi seguro que, antes del mediodía, el faraón habría abandonado el trono de oro a favor de Utteric Turo, su primogénito, que estaba sentado a su lado, tratando de disimular que esperaba ansioso el momento en que la soberanía de Egipto pasaría a sus manos. Utteric era un joven insulso e inútil que no podía imaginarse que, al día siguiente, cuando se pusiera el sol, era posible que su imperio hubiese dejado de existir, o eso era lo que yo creía en aquel momento. Desgraciadamente, muy pronto descubriría lo mucho que había errado al juzgarlo.

A estas alturas, Tamose era un anciano. Sabía exactamente qué edad tenía, porque había sido yo quien lo había ayudado a venir a este duro mundo. Todos sabían que lo primero que hizo al nacer fue orinar copiosamente sobre mí. Reprimí una sonrisa al pensar que, durante los siguientes sesenta y tantos años, jamás había dudado en hacer que su más ligera desaprobación con respecto a mí se manifestara de igual manera.

Me acerqué al lecho donde yacía y me arrodillé para besarle las manos. El faraón parecía incluso más viejo de lo que era. Aunque recientemente se había teñido el pelo y la barba, sabía que bajo la brillante pigmentación rojiza que lucía, sus cabellos, en realidad, eran blancos como un alga marina quemada por el sol. La piel de su rostro estaba muy arrugada y tenía manchas oscuras que le habían provocado los rayos del sol. Tenía bolsas de piel arrugada bajo los ojos,

unos ojos en los que los signos de la muerte resultaban demasiado evidentes.

Ignoro por completo la edad que tengo. Sin embargo, soy bastante mayor que el faraón, aunque por mi aspecto parezco tener menos de la mitad de sus años. Esto se debe a que soy longevo y a que cuento con la bendición de los dioses, en especial de Inana. Este es el nombre secreto de la diosa Artemisa.

El faraón me miró y me habló con dolor y dificultad, con la voz ronca y la respiración sibilante y entrecortada:

—¡Tata! —Me saludó con el apodo que me había dado cuando era tan solo un niño—. Sabía que vendrías. Siempre sabes cuál es el momento en que más te necesito. Dime, querido y viejo amigo, ¿qué nos deparará el mañana?

—El mañana te pertenece a ti y a Egipto, mi señor y mi rey.

No sé por qué elegí estas palabras para responderle, cuando estaba claro que, ahora, todos nuestros mañanas pertenecían a Anubis, el dios de los cementerios y el inframundo. Sin embargo, yo amaba a mi faraón, y quería que muriese de la forma más pacífica posible.

Él sonrió y no dijo nada más, pero extendió una mano de dedos temblorosos y tomó la mía, que sostuvo sobre su pecho hasta que se quedó dormido. Los cirujanos y sus hijos abandonaron su aposento, y juro que vi asomar una leve sonrisa en los labios de Utteric cuando salió. Me quedé sentado junto a Tamose hasta bastante después de la medianoche, del mismo modo que me había sentado junto a su madre cuando murió, aunque al final el entumecido cansancio de la batalla me venció. Solté la mano del faraón y, dejándole con la sonrisa en los labios, me fui tambaleando hasta mi lecho y me dejé caer en él en un sueño casi mortal.